

## Da Vinci no era tan banal

**Sandro Cohen**

sandrocohen@prodigy.net.mx

**S**ería fácil hacer trizas de *The Da Vinci Code* de Dan Brown. Con o sin razón, durante tres años me resistí a leerlo porque entendía que se trataba de otra novela más de "ficción comercial" (*trade fiction*), de lo cual está lleno el mercado: libros con argumentos prefabricadamente truculentos; personajes exagerados o caricaturescos; un lenguaje simplón o sobrecalentado, lleno de adjetivos innecesarios, flojos o fáciles; lugares comunes y frases hechas al por mayor, con los cuales el narrador pretende evadir su sagrado deber de escribir de veras. Pero con la película a punto de estrenarse, mientras estuve en Nueva York en días pasados, hice de tripas corazón, y compré el libro.

Aunque *The Da Vinci Code* adolece de algunas de las fallas mencionadas en el párrafo anterior, dista mucho de ser el desastre total que esperaba. Tiene a su favor una intriga que, por lo menos aparentemente, toca las fibras más sensibles de la ortodoxia católica. Además, la narración posee buen ritmo y nunca decae el suspense. Para los que aún no han leído el libro, el planteamiento en sí es bastante sencillo: un profesor estadounidense de simbología, de visita en París, es requerido por la policía porque había aparecido su nombre escrito en el escenario del asesinato del curador del Museo del Louvre. Minutos después llega una agente de criptología, quien —lo descubrimos luego— es nieta del occiso. Ésta sabe que aprehenderán al profesor como sospechoso principal, a pesar de su inocencia, y la mujer lo rescata. Con esto se ponen tras las huellas de nada menos que... el Santo Grial, sólo que no es lo que uno podría pensar.

La persecución es frenética y no se detiene jamás, aunque —afortunadamente— no rebasa los dos días. Se trata de un *quest*, una de esas búsquedas como las de la Edad Media cuando los caballeros armados salían tras las huellas del cáliz de Cristo. Sólo que estos dos personajes tienen razones bastantes para creer que podrán descubrir el secreto de su ubicación, sea para revelarlo o salvaguardarlo para la posteridad. El problema radica en que deben seguir una serie de pistas que, para ser descifradas, desafían a la inteligencia, la lógica, los conocimientos culturales, y todo a una velocidad vertiginosa entre buenos, malos y peores, sin que se sepa a ciencia cierta cuáles son cuáles, hasta que todo se revela al final.

La novela posee un gran defecto: su banalidad. A pesar de tanta acción, suspense, aventura, persecución y vuelta de tuerca, en el fondo hay muy poco: un mensaje *new age* que podría resumirse en unas cuantas líneas acerca de la importancia del eterno femenino representado por María Magdalena, quien habría sido la esposa de Jesús, refugiada en lo que actualmente es Francia, donde tuvo a la hija de ambos: Sara. El Santo Grial es María Magdalena. La iglesia oficial, según la novela, hizo todo cuanto pudo para borrar esto de los evangelios, y así creó una teología misógina, distorsionada, que es la que existe hoy en día. Tras terminar de leer uno se pregunta: "¿Y...?" Ya lo sabíamos: Hace dos mil años se desperdició una gran oportunidad; se convirtió a la mujer sabia en bruja, diabólica. Pero los personajes, en términos narrativos, no crecen, no se transforman: son meras fichas en un tablero. Tal vez la película resulte más elocuente que la novela. Pronto lo veremos... ■L